

PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATÓLICA DEL PERÚ

FACULTAD DE CIENCIAS SOCIALES



Culturas juveniles en espacios públicos: el caso de las y los fumadores de marihuana en el parque Paseo de la República, distrito de Santiago de Surco-Lima Metropolitana

TRABAJO DE INVESTIGACIÓN PARA OBTENER EL GRADO DE BACHILLERA EN CIENCIAS SOCIALES CON MENCIÓN EN ANTROPOLOGÍA

AUTORA

Cuadrado Del castillo, Xiomara Naomi

ASESOR

Castillo Guzmán, Gerardo Manuel

Lima, diciembre de 2020

RESUMEN

La siguiente exploración se realiza en el proyecto de trabajo de campo que tiene como sujetos centrales a jóvenes consumidores de cannabis en espacios públicos, delimitando el lugar de estudio al parque Paseo de la República, ubicado en el distrito de Santiago de Surco dentro de Lima Metropolitana. El análisis se encuentra enfocado en un rango etario específico, entre 18 y 29 años de edad cronológica, y se ajusta al recurrente consumo recreativo de marihuana, pudiendo serlo eventual, usual o constante por elección, es decir la consumición auto determinada de la planta. El objetivo de la investigación es describir y analizar cómo en nuestra ciudad, las y los jóvenes que fuman marihuana concurrente al barrio del parque mencionado ejercen y definen sus prácticas cotidianas en dicho espacio. Para ello se plantea hacer uso del método etnográfico, articulando dos enfoques: la antropología urbana y la ciberantropología. Los principales hallazgos giran en torno a la diversidad de connotaciones vinculadas a las y los jóvenes, y el uso de la marihuana. Entendiéndola como una práctica cambiante, no monótona, que ha sabido adaptarse y establecerse a través de las generaciones. Como la cultura juvenil será observada y analizada haciendo uso de espacios públicos, son imprescindibles los estudios urbanos pues me brinda un marco teórico sobre la ciudad, los barrios y los espacios cargados de significados. En sus avances han priorizado a las personas que no encajan con las costumbres socialmente admitidas, rotuladas como transgresoras a la moralidad local. Estas también tienen en sus rutinas prácticas diversificadas que los colocan en trayectorias asociadas a lazos familiares, relaciones amicales, redes de apoyo, comunidades virtuales, entre otras. Por ello veo provechoso estructurar de esta forma la investigación con la finalidad de ampliar la perspectiva transgresora hacia las cotidianidades practicadas en el espacio público: el barrio producido por las y los jóvenes consumidores, las tecnologías que estos usan y la información que reproducen como medio de comunicación e interacción en dicho lugar.

PALABRAS CLAVE: Culturas Juveniles, Marihuana Recreativa, Espacios Públicos, Ciberantropología

ÍNDICE DE CONTENIDOS

INTRODUCCIÓN	1
1. PROBLEM DE INVESTIGACIÓN	3
1.1. PRESENTACIÓN DEL PROBLEMA DE INVESTIGACIÓN.....	3
1.2. PREGUNTAS DE INVESTIGACIÓN	6
1.3. OBJETIVOS	7
2. ESTADO DE LA CUESTIÓN	9
2.1. ANTROPOLOGÍA DE LAS EDADES: CULTURAS JUVENILES Y MASCULINIDADES.....	9
2.2. ANTROPOLOGÍA URBANA: JÓVENES ¿TRANSGRESORES? EN ESPACIOS PÚBLICOS	21
2.3. CIBERANTROPOLOGÍA: LA GLOBALIZACIÓN Y LA INDUSTRIA DEL CANNABIS	29
3. CONCLUSIONES	41
4. BIBLIOGRAFÍA	43



ÍNDICE DE FIGURAS

1. Figura 1. Una de las publicaciones del perfil denominado Revista Chacana en la red social Instagram a raíz de la decisión de la ONU..... 37
2. Figura 2. Diez mandamientos de la marihuana. Publicación de uno de los usuarios en el perfil de Facebook “Comunidad Cannábica Perú”..... 38
3. Figura 3. Listado sobre las propiedades de la marihuana que son beneficiosas para el ser humano en Instagram publicado por la Asociación Nacional de Horticultores Medicinales 39



INTRODUCCIÓN

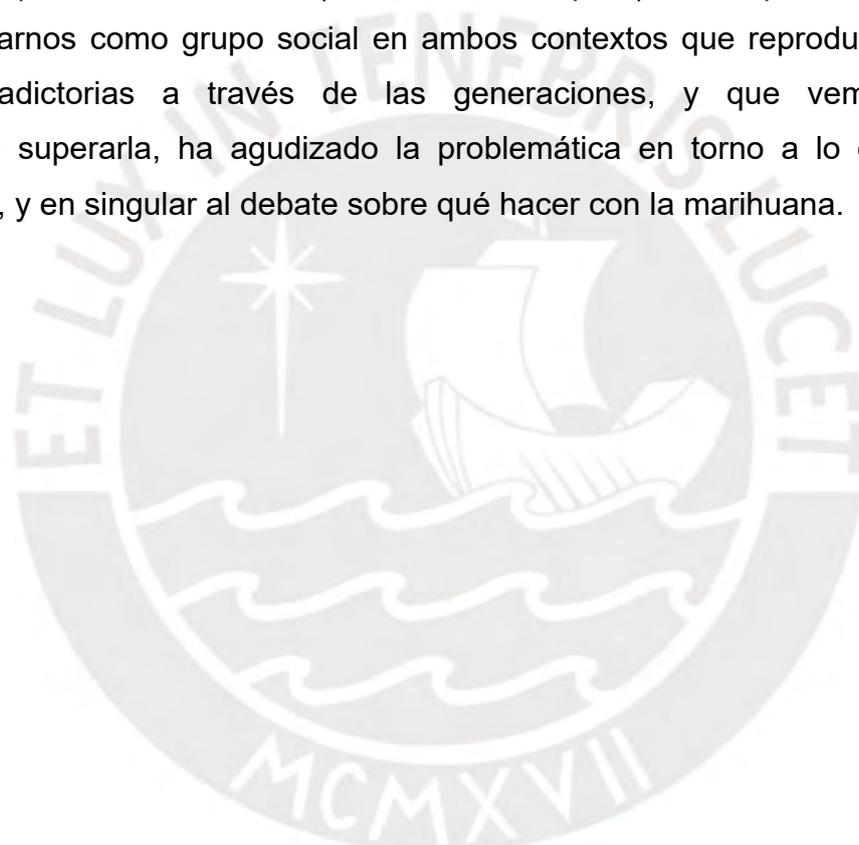
A modo de bricolaje, decidí embarcarme en la construcción de mi proyecto de trabajo de campo, el cual teóricamente pretendió involucrar diversos campos de estudio antropológicos e interdisciplinarios. En el proceso, caí en cuenta de lo poco o nada que conocía de la que por ahora llamaremos industria del cannabis, y sus pertinencias para algunos de mis contemporáneos.

Del mismo modo, investigar sobre jóvenes es en una parte teorizar y deconstruir sobre mi persona, mi edad cronológica, mis actitudes y como yo entiendo un concepto que me involucra. A partir de la revisión bibliográfica he aprendido mucho más sobre lo que significa e implica ser una joven en contraposición a otras características o procesos del ser humano. Es cierto que mucho de lo presentado rememora aprendizajes adquiridos a través de la formación en la disciplina, sin embargo realizar una investigación a profundidad como el presente documento construye otras perspectivas que me servirán de herramientas para mi futura tesis.

Mis implicancias como etnógrafa siempre demandarán que prevea circunstancias posibles, o hasta poco probables, en el trabajo de campo, y que agudice mi visión antropológica con la finalidad de llegar abierta, advertida y dispuesta a captar la información que me compartan quienes me puedan colaborar. Entiendo que la conformación de recientes análisis del fenómeno nos incita avanzar hacia pautas que dejen esquematizar mayores integralidades de las realidades, y que destapen posibilidades en la ruta de comprensión de nuestros vínculos con este tipo de sustancias como un hecho social total, en el que confluyan diversas dimensiones humanas y sociales enlazadas entre sí.

No quiero cerrar esta breve introducción sin mencionar dos de mis preocupaciones, la primera de ellas se dirige hacia la creciente influencia de financiamientos transnacionales, en especial desde el sector tabaquero y el sector de las bebidas espirituosas, que se encuentran invirtiendo e impulsando la expansión global de la industria del cannabis. Y que sumado a las actuales tecnologías de comunicación e información se han vertiginosamente acelerado, poniendo muchas veces en línea de guerra los diversos discursos.

La segunda gira en torno a las connotaciones morales y legales avaladas e impuestas por los estados, las cuales tienen sus repercusiones locales por lo que se entiende significa o representa la planta de cannabis y los usuarios de ella en su amplitud de fines. Con base en el Reporte Mundial de Drogas, la marihuana es el elemento que lleva a más personas a entrar en contacto con el sistema de justicia penal y es responsable de más de la mitad de todos los casos de delitos relacionados con las drogas, según la información proporcionada por un total de 69 países en el periodo 2014-2018 (UNODC, 2020, p. 8). La inquietud se intensifica al situarnos como grupo social en ambos contextos que reproducen ideologías contradictorias a través de las generaciones, y que vemos, contrariamente a superarla, ha agudizado la problemática en torno a lo que llamamos drogas, y en singular al debate sobre qué hacer con la marihuana.



1. EL PROBLEMA DE INVESTIGACIÓN

1.1. PRESENTACIÓN DEL PROBLEMA DE INVESTIGACIÓN

El acto de usar marihuana es una práctica milenaria que ha involucrado variadas dinámicas culturales, políticas y económicas a lo largo de la vida de la humanidad. Es decir que no forma parte de una práctica exclusiva de la modernidad sino una experiencia que ha acompañado al ser humano en diversas culturas del mundo, teniendo un rol relevante en la construcción y desarrollo de estas. Y la antropología ha aportado históricamente en los estudios de estas índoles. Es por ello que los temas vinculados a las alteraciones autoprovocadas del estado de ánimo se consideran un universal en nuestra disciplina:

Los antropólogos se han interesado, desde siempre, en el estudio de los llamados Estados Alterados de Conciencia. Con este término se define una condición significativamente diferente a la llamada normalidad; en otras palabras, estos Estados Alterados de Conciencia son un conjunto de procesos psicofísicos y socio-culturales que permiten al individuo, y/o al grupo, gozar de una situación liminal. (Van Gennep, 1909; Quattrocchi, Flores-Abuxapqui y Pérez-Mutul, 2009, p. 68)

Aunque en la actualidad se puede decir que su fácil acceso y bajo costo en comparación a otras sustancias ilegales la ha hecho ganadora de su fama como puerta de entrada a la esfera de las consideradas ahora “drogas”, muchos de los fumadores lo han adoptado como un estilo de vida. Según el Reporte Mundial de Drogas se calcula que unos 192 millones de personas consumieron cannabis solo en el 2018, manteniéndola como la droga ilegal más consumida en el mundo (UNODC, 2020, p. 5).

Uno de los avances más grandes hacia su permisividad ocurrió a inicios del mes de diciembre del presente año. La Organización Mundial de la Salud (OMS) por consenso mayoritario decidió retirar al cannabis de la Lista IV de la Convención Única de Estupefacientes de 1961, donde figuraba al lado de opioides adictivos y letales, como la heroína. Quedo en el aire los motivos del porqué, en dicha sesión, la comisión peruana votó en contra de este cambio, si como algunos pueden saber actualmente la producción y el comercio de marihuana con fines

terapéuticos y medicinales está permitido y medianamente regulado en nuestro país.

Estas situaciones coyunturales pueden ser evidencia de los cambiantes discursos y prácticas del sistema mundial, y sus repercusiones en la salud y la educación. Pues parece ser imparable el desarrollo tecnológico e informático que en parte nos permite tener al alcance conocimiento intercultural sobre la situación de la planta en diversas regiones del globo aportando nuevas perspectivas. Además, nos brinda la posibilidad de acceder a un registro de la información que circula en las diversas plataformas y espacios virtuales; y así acercarnos a cómo se está interpretando, influyendo y afrontando el fenómeno¹ en un espacio occidentalizado.

De antemano advierto que no es mi intención introducirme en el vigente debate sobre qué sustancias deberían, o no, adscribirse a la etiqueta drogas; porque considero que ya muchas de estas son lícitas a pesar de que resquebrajan nuestra salud pero están normalizadas protegiendo sus fines comerciales y geopolíticos. Por ello nuestro objetivo es entender las implicancias de su uso cotidiano desde quienes la practican.

Aunque mi trabajo de investigación se enmarca en la ciudad de Lima, las dinámicas estudiadas son reproducidas similarmente en otros centros urbanos de la región latinoamericana. Al ser la capital de un país quizá la imaginamos como lo más cercano a la utopía de la modernización, al menos comparándola con otras regiones del territorio peruano. Sin embargo, nuestra realidad urbana responde más a una globalización y economía neoliberal que suele beneficiar a ciertas minorías, al igual que la mayor parte de esta región: producto del arrastre colonial vigente hasta nuestra actual cultura popular y nuestro sistema político-económico.

En dicho sentido quiero poner de relieve que también seguimos estacionados en un modelo conservadurista centralizado, el cual pretende silenciar dinámicas de poder que se desarrollan y adaptan paralelas al ámbito

¹ El discurso sobre la tolerancia al uso de marihuana no médica en la esfera pública (espacios físicos o digitales) a modo de lugares donde la persona se posiciona, afirma y expone sus preferencias ante la sociedad; lo que suma a la construcción de identidades entorno a usuarias y usuarios, por ejemplo en ciudades con mayor acceso a Internet como Lima Metropolitana.

legal. Implicando múltiples contradicciones sociales, tecno-económicas y legislativas. Entendiendo la complejidad de la cuestión en nuestro contexto, es pertinente traer a colación la extendida discriminación a los usuarios del cannabis, generada por las políticas denominadas ‘guerra contra las drogas’, que fueron impulsadas y financiadas por Norteamérica hacia el mundo, a lo largo del siglo XX. Principalmente a los que se atreven a realizarlo en espacios donde se enfrentan con el sistema regulatorio, y en la mayoría de casos con el mal accionar policial, generándole estigmas o estereotipos quizá más evidentes en la sociedad “limeña”.

Además secciono la investigación a la perspectiva de los “jóvenes” fumadores que a través de sus prácticas, también están haciendo explícita su identidad, enfrentando y construyendo discursos en espacios públicos, tanto físicos como digitales, como lo son las calles de su barrio, los parques aledaños, las redes sociales que usan; y qué significa eso para sus cotidianidades. Los espacios de la esfera pública, no solo son por antonomasia los lugares ideales que invitan a libertad de expresión e interacción, sino que también permiten momentos de integración y construcción de tejido social tanto fuera de la virtualidad o como online.

La propuesta de realizar una investigación etnográfica que dé cuenta sobre el hábito de fumar marihuana en un espacio público físico, como lo es un parque de Lima, tiene la intención de no reducir a los colaboradores en meros consumidores o infractores. Pues me permite presentarlos como sujetos activos en el discernimiento y reproducción de sus creencias, identidades y prácticas; de alguna manera dispuestos a hacerlas valer en caso se requiera.

Así, el objetivo de mi proyecto de trabajo de campo es describir cómo en nuestra ciudad, las y los jóvenes concurrentes al barrio que limita el parque Paseo de la República (ubicado en el distrito limeño de Santiago de Surco) y usuales fumadores de marihuana, ejercen y definen su práctica cotidiana. En el proceso de registrar sus saberes me enfocaré en dar cuenta de cómo interaccionan, generando y fortaleciendo redes de apoyo tangibles o virtuales; o sus relaciones con otros usuarios del parque, como autoridades, vecinos, transeúntes, sus

mismos familiares, conocidos o amistades que puedan permitirles o dificultarles ejercer su práctica en el espacio público físico.

Debido a que el trabajo de campo se realizará al inicio de la segunda década del siglo XXI, arraigo mi perspectiva teórica a la expansión y uso generalizado de tecnologías, como los teléfonos inteligentes y al enorme flujo de información digital que esta inherente en la vida cotidiana urbana. Y en parte son estos espacios digitales los que también han venido alimentando los conocimientos “contraculturales” vinculados a la permisividad del cannabis.

Por eso, para entender cómo las y los jóvenes fumadores de marihuana concurrentes al parque Paseo de la República ejercen y definen su práctica, y cómo construyen sus relaciones establecidas con otros usuarios en el espacio público, haremos uso de los estudios sobre antropología urbana, la ciberantropología y la antropología de las edades, en especial en el desarrollo del concepto encriptado como “culturas juveniles”, como acercamiento contemplativo² a una posible construcción actual del fenómeno cannábico, centrándonos en que discursos emergen y se reproduce en la sociedad juvenil limeña asistente a la delimitada zona de estudio.

1.2. PREGUNTAS DE INVESTIGACIÓN

A partir de la problemática presentada, las preguntas que guiarán la investigación serán las siguientes:

¿Cómo las y los jóvenes fumadores de marihuana asistentes al parque Paseo de la República ejercen y definen su práctica, y las relaciones que se establecen con otros usuarios del espacio público como transeúntes, vecinos y autoridades?

- A) ¿Quiénes son y qué actividades cotidianas realizan las y los jóvenes fumadores de marihuana en el parque Paseo de la República?
- B) ¿Qué impacto tienen los usos y saberes imbricados a espacios virtuales, como el Internet, en sus prácticas cotidianas vinculadas al parque y su construcción de identidad?

² Y en el trabajo de campo usarlo como parte de las herramientas metodológicas.

- C) ¿De qué manera configuran su sentido de pertenencia al barrio delimitado por el parque y qué sentido de lugar implica, en particular, sus prácticas transgresoras?
- D) ¿Qué dinámicas se establecen entre sus prácticas transgresoras y los otros concurrentes al parque Paseo de la República (como otros coetáneos, transeúntes, vecinos y autoridades)?

1.3. OBJETIVOS

El objetivo central propuesto es documentar la manera como los jóvenes, asistentes al parque Paseo de la República, se apropian del espacio público, expresan su derecho a hacerlo y la manera como lo definen desde sus trayectorias vinculadas al espacio público. Dicho objetivo pretendo alcanzarlo a partir de desarrollar las siguientes propuestas:

- A) Acompañar y registrar las actividades de los jóvenes en el parque, relacionadas con su consumo de marihuana, sus prácticas de ocio y sus cotidianidades.
- B) Identificar, delimitar y describir cuáles son las regulaciones formales (legales y sociales) y las informales (definidas por los propios jóvenes) en el desarrollo de su práctica transgresora en el espacio investigado.
- C) Profundizar en el sentido de lugar que los colaboradores de la investigación le dan al parque, generando pertenencia, y las relaciones que establecen los jóvenes consumidores con sus familias, vecinos y ocupantes del espacio público como policías, serenazgos, autoridades civiles, ladrones, vendedores, jóvenes que no consumen o que consumen otras sustancias (cigarrillo, alcohol, inhalables, entre otros).
- D) Conocer los discursos vinculantes a su consumo que se encuentran presentes en el espacio público, tanto físico como virtual. Describir cómo estos saberes y artefactos tecnológicos influyen en su ideología, sus cotidianidades y sus redes de apoyo en la zona en cuestión.
- E) Identificar a las autoridades, trabajadores y concurrentes que actúan en el parque seleccionado, conocer su percepción sobre la práctica transgresora

de los jóvenes, así como las actividades que se desarrollan alrededor de esa práctica y de la presencia misma de los jóvenes en el espacio público.

A partir de dichas preguntas y objetivos pretendo acercarme al trabajo de campo, para ello he realizado un encadenamiento teórico de los estudios antropológicos que componen la perspectiva de mi tema de estudio. Estos serán desarrollados en la siguiente sección.



2. ESTADO DE LA CUESTIÓN

Como mencione, la revisión bibliográfica de los principales temas que aborda el estado de la cuestión del presente estudio son presentados a partir de tres líneas de investigación. Primero, desarrollaré cómo en las ciencias sociales hemos llegado al concepto de “culturas juveniles” posicionándose desde una antropología de las edades, y cerrar el apartado dialogando el tema con estudios que nos orientan hacia una perspectiva de género.

Segundo, abordaré las investigaciones pertinentes a la antropología urbana para poder rescatar conceptos clave que den cuenta del proceso de construcción de lugares, a partir de las prácticas y significados que las personas y sus comunidades le dan a sus urbes. Además en esta sección se colocan los estudios, aunque sociológicos, vinculados a las sustancias denominadas como drogas (entre ellas la marihuana), la riqueza de algunas de estas investigaciones es que también suelen enmarcarse en las juventudes de sus épocas.

Tercero, me enlazo a la ciberantropología esta da cuenta del vínculo entre las ciencias tecnológicas y el ser humano, en específico pretendo dar pincelados sobre las nuevas tecnologías de comunicación y los discursos digitales que son digeridos y reproducidos por las y los usuarios con respecto a la marihuana y industria cannábica, fenómeno del que somos partícipe, queramos o no, como sección de un mundo neoliberalizado en miras de una globalización.

2.1. ANTROPOLOGÍA DE LAS EDADES: CULTURAS JUVENILES Y MASCULINIDADES

Las nociones de “joven” y “juventud” son relativamente recientes en la historia de la humanidad, sin embargo en este breve tiempo los estudios sobre lo que conocemos como “jóvenes” se han convertido en uno de los temas populares en las ciencias sociales. En Latinoamérica el proceso de construcción del sujeto joven tiene poco más de un siglo: los ideales que hoy tenemos sobre la juventud se han conformado a través del surgimiento de una realidad tangible que la ha diferenciado de la infancia, adultez y vejez.

Hemos normalizado a la juventud como un estado universal, un periodo de desarrollo humano que se encuentra en todas las sociedades y momentos históricos. Suele ser delimitada como una fase comprendida entre la pubertad fisiológica (condición donde se suele dar una cierta modificación corporal y mental) y el reconocimiento del estatus adulto (etapa donde se deben asumir responsabilidades individuales, en su mayoría económicas). Parte de dicha lógica se la debemos a Jean-Jacques Rousseau, quien deja los cimientos de lo que será el concepto de juventud, separando a la niñez de la adolescencia o juventud, y estos del mundo adulto. Así es como entrando al siglo XX se entendía a la juventud como un estadio vinculado a la adolescencia pero separado de la madurez adulta.

Después, los más predominantes estudios sobre juventudes se bifurcaron en dos corrientes: por un lado la visión biológica, médica y psicológica; y por otro, la visión institucional y social de la sociedad. De acuerdo con la antropóloga Maritza Urteaga (2009): “La vertiente psicológica rescatará la concepción de la adolescencia que señalaría el paso del estado de naturaleza al de cultura, como momento turbulento y crítico en el desarrollo del individuo” (p. 14). Sobre ello se llegará a un pico de legitimación científica con la obra del psicólogo Stanley Hall que en 1904 sostendrá la base fisiológica o “naturalizada” del adolecer sensitivo y las peculiaridades psíquicas asociadas a los cambios somáticos esencialmente a la adolescencia:

Al enfatizar la naturalidad de la adolescencia como etapa de moratoria social y de crisis previa a la vida adulta, se influye positivamente entre los adultos al convencerlos de la necesidad de dejar que los “jóvenes fueran jóvenes”; aunque también se les convenció de que los jóvenes eran seres incompletos y nada confiables (por su natural inestabilidad emocional) y ejerciendo presión por asegurar su completa transición a la cultura/civilización o completud social, alcanzar una idea de adultez, mediante la educación, represión y control de los instintos sexuales (Urteaga, 2009, p. 5).

Por su parte, la visión social estaba arraigada al trabajo que se realizaba en las instituciones formativas, ya que la adolescencia seguía siendo entendida como un rito de iniciación hacia la madurez: inevitable que problematiza a la sociedad adulta y que debe ser superada. Estas dos posiciones a juicio de Urteaga

entendían a la adolescencia como una etapa liminal, y asumida como un estadio ineludible para el desarrollo humano, es decir, una etapa de moratoria social y de crisis.

La juventud comienza a vincularse con un carácter de segregación, al ser vista como un periodo de libre flotación o turbulencia emocional, ya que es la sociedad quien determina que el joven deba adquirir ciertas cualidades para la vida adulta. Así se comienzan a brindar e imponer espacios específicos para dichos objetivos, como lo son los centros educativos, además se los enmarca en condiciones de subordinación: dependencia económica, jurídica y moral.

No fue hasta la expansión de nuevos modelos de desarrollo humano y socialización que se proveyó cimientos para las nuevas generaciones de lo que significa la juventud mezclando distintas disciplinas. En nuestra especialidad, el estudio etnográfico realizado por Margaret Mead en Samoa la convirtió en la primera experta que cuestionó el adultocentrismo y etnocentrismo transversal en la teoría psicoanalítica de Hall sobre el adolescente:

Su investigación sobre los adolescentes samoanos, permitió resquebrajar las concepciones preestablecidas como jóvenes naturalizados en la turbulencia, haciendo referencia a la construcción de las identidades y los cuerpos. Cabe resaltar que los trabajos sobre pueblos considerados “primitivos” se centraron en temas como la adolescencia, el ciclo vital, los ritos de paso y las organizaciones por clases de edad (Urteaga, 2009, p. 15).

Sea que se identificaran condiciones únicas pertenecientes a la adolescencia o no, las etnografías hacen hincapié en el valor social otorgado a dicha etapa como lindera fundamental en el curso de vida: elemental para la reproducción de la humanidad en su conjunto, para la producción y legitimación de la femineidad y masculinidad adulta de quienes la conforman, construyen y legitiman. Por ello, para mis circunstancias de exploración, la cual está centrada en una sociedad neoliberalizada, es menos conveniente seguir la ruta de concepciones que difuminan las características acentuadas en grupos etarios diferenciados.

Si la adolescencia fue revelada a finales del siglo XIX y democratizada para la primera mitad del siglo XX, es recién a partir de los años sesentas donde se expuso evidentemente la irrupción de la juventud, pero ya no como un sujeto

pasivo al cual hay que observar para entender sino como un actor protagonista en la toma de decisiones. En el caso de las investigaciones realizadas por Víctor Turner se enfatizó la negociación de normas y la jerarquización social. Se resaltó el sentido de la juventud como una evidente fase liminal y denominó como “communitas” al sentimiento generalizado de comunidad que es integrado al interior de grupos determinados. De estos estudios se rescata la existencia de lazos sociales suscitados entre los que participan de un ritual de transición, ya que en el momento que se sienten, o se viven, bajo el control o autoridad de la comunidad que integran.

Así se entiende que aunque solemos considerarnos individuos, nuestra sociedad nos va integrando como grupos, es decir, las distinciones a partir del comportamiento diferente es asociado a la edad cronológica. También debemos considerar mirar una sociedad capitalista que no ha visto importante plantear el cambio de paradigma, reproduciendo y legitimando por décadas grupos de edad relativos a la niñez, adolescencia, juventud, adultez, vejez u otro posible, seccionando a la humanidad.

Como lo hace notar M. Urteaga (2009) a pesar de la fructífera línea de investigación y amplias descripciones densas sobre cómo los cuerpos de los adolescentes y jóvenes son intervenidos por la sociedad adulta en sus transiciones, poco se sabe sobre las perspectivas de los muchachos que percibían en dichos momentos:

La mayoría de los ritos de paso estudiados por antropólogos focalizan su atención en cómo los adultos guían a los adolescentes hacia la adultez en su cultura o comunidad, silenciando las voces y experiencias de los jóvenes protagonistas. Los primeros intentos por empoderar esas voces/sujetos recién se realizaron en la década de 1960, con la emergencia de los jóvenes en la escena pública (p. 21).

Con el surgimiento de las etnografías urbanas, que ya detallaré en profundidad más adelante, se pusieron en marcha múltiples investigaciones que resaltan un tipo de estudios sobre grupos juveniles en las metrópolis contemporáneas del norte que surgen del Departamento de Sociología de la Universidad de Chicago, en Estados Unidos. En dicha escuela convergen diversas tradiciones humanas y sociales, haciendo uso de métodos etnográficos y datos estadísticos para la construcción de un corpus de investigaciones sobre las

ciudades occidentales. La corriente toma en cuenta asuntos que habían sido dejados de lado como la exclusión, desocupación, prostitución, enfermedad, delincuencia, criminalidad y/o actividades consideradas bohemias. De dicha ruta también emergerá la antropología urbana, brindando nuevos aportes desde una perspectiva crítica a las construcciones científicas que resaltan y se adhieren a ciertos sectores sociales; tendiendo, sin intención, a desvincular lo micro de lo macro social.

Esta escuela alimentará de manera fundamental a la categoría juventud tal como se conoce hoy día: si bien es cierto que por primera vez se aborda el tema con criterios de científicos sociales frente a las aproximaciones moralizantes o psicomédicas dominantes; no se puede negar que también es responsable, en gran parte, del establecimiento de la ecuación política entre la adolescencia como problema social y psicológico de una intensidad particular, y el delincuente juvenil como víctima de las situaciones materiales, culturales, psicológicas o morales (Urteaga, 2009, p. 22).

Como también expresan otros autores, con el inicio de la guerra fría, al menos en occidente, pareció generalizarse el modelo de juventud europeizada: teorizándolas como culturas incrédulas e inherentemente consumidoras. Es decir, se resaltó la imagen de “rebeldes sin causa” cuyas protestas o inconformidades eran actitudes meramente individuales. Dicha herencia investigativa influyó profundamente en las categorías sociales y las representaciones culturales de los jóvenes estableciéndoles una serie de etiquetas, que solo representaban variedades y amplificaciones de una misma idea de lo juvenil.

En Latinoamérica se asentaron algunas tradiciones sobre dichos estudios, para la presente investigación tendremos en cuenta a los realizados por Carles Feixa. Él y Patricia Oliart, en la introducción de una de sus publicaciones, trazan un plano general de los estudios sobre las juventudes iberoamericanas, organizándolas en tres generaciones ligadas a contextos históricos específicos, pero que se terminan entremezclando como si poseyeran porosidades. Estas podemos encontrarlas presentes hasta el día de hoy; sin embargo, los investigadores comienzan a poner atención a fenómenos más amplios que se dan actualmente como piezas del mundo globalizado.

La primera se encuentra situada en los inicios del siglo XX, y entiende a los jóvenes como agentes de transformaciones políticas. La segunda, que emerge en

la década de los 80s y enfoca a los muchachos como víctimas de la violencia urbana y la agitación social. La tercera iniciada en los años 90 donde se desplazan los estudios sobre la mirada desde la juventud como objeto de políticas públicas, hacia las subjetividades y energías colectivas de los jóvenes. Este orden presentado se desorganiza con el aumento y avance de los trabajos publicados, lo indudable es que cada vez más los jóvenes del sur y sus dinámicas comenzaron, realmente, a ser el centro de dichas investigaciones.

Después de 1950, cuando los países latinoamericanos se enfrentaban a una de las crisis económicas más profundas que dejaron terribles consecuencias sobre todo para los seres humanos sumidos en la miseria. Las ya voluminosas migraciones se volvieron cada vez más insostenibles en los centros urbanos: para los años ochenta, la iniciada inflación y la desocupación forzaron la expulsión de mujeres y niños a las calles en búsqueda de trabajos informales y precarios haciendo lo necesario para sobrevivir. La deserción escolar se incrementaba constantemente mientras que el contexto de crisis política a raíz de las luchas ideológicas de la guerra fría generaba la expansión de movimientos guerrilleros y populismos surgidos en toda la región americana.

El ensanchamiento de la preocupación internacional tuvo uno de sus clímax en 1985, el cual fue determinado como el Año Internacional de la Juventud por la Organización de las Naciones Unidas. Con la finalidad de poder focalizar la atención en las necesidades de desarrollo de las personas menores de 24 años en vulnerabilidad. La comprensión de "juventud" toma una forma gelatinosa cuantas más perspectivas se incluyan, algunas enmarcadas en rangos etarios más generales y limitantes, otras centrándose en las características y prácticas comunes de ciertos sectores, cada visión con sus propios beneficios para la indagación.

Desde luego la juventud ha sido presentada como un sector de múltiples necesidades de estudios exhaustivos, debido a la evidente violencia política, la gran vulnerabilidad registrada en las urbes, las altas tasas de defección educacional, el incremento del desempleo juvenil y la pobreza extrema. Es así que se encauzaron diversos organismos de asistencia internacional para diseñar, proponer y dirigir recursos a dicho grupo. Como Feixa y Oliart (2016) expresan:

(...) surgieron diversas instituciones y observatorios de investigación que desarrollaran políticas públicas dirigidas a los jóvenes, en áreas como la salud reproductiva, educación, empleo y seguridad, apuntando a responder desafíos como la violencia callejera, la pobreza, el fuerte aumento de la delincuencia relacionado con el crecimiento del tráfico y consumo de drogas, especialmente la cocaína (p. 19).

Las drogodependencias y las nuevas formas de asperezas juveniles se convertirían en características representativas en el imaginario de los jóvenes en sociedades desarrolladas del primer mundo, y tendrán su impacto tardíamente en Latinoamérica. Las fronteras de la juventud quedaban cada vez menos definidas debido a la dilatación de la dependencia familiar, la extensión de formas de cohabitación sin atravesar las instancias formales como el matrimonio, la complejización de la inserción laboral formal, el retraso de las paternidades en las ciudades más desarrolladas y el enraizamiento de las actividades de ocio en edades más avanzadas.

Refiriendo a estos temas, sobresale la escuela de Birmingham. Su propuesta rotuló dichos movimientos como “subculturas” para poder dar cuenta de ellas, comprendiendo y explicando los variados estilos de vida de los jóvenes. Tomándose en cuenta la notoriedad de “micro sociedades” juveniles, que poseen grados significativos de autonomía con respecto a las instituciones y se autodotan de espacios y de tiempos específicos. Esta escuela amplifica sus estudios tratando de desenfocar la interpretación esencialista de la desviación; e incluir otras prácticas sociales expresivas, como el arte, la música y lo que ahora se conoce como industria cultural.

Plantea movimientos juveniles como muestras de resistencias ritual, particularmente de los jóvenes de sectores obreros ante la hegemonía desarrollada por la cultura predominante. Razonamiento que los hizo acreedores a críticas, como Feixa (1994) menciona:

A pesar de la indudable riqueza de las aportaciones de la escuela (...), los estudios subculturales se han centrado más en lo desviado que en lo convencional, más en los adolescentes de clase obrera que en sus coetáneos de clase media, más en los muchachos que en las muchacha, más en el “pequeño mundo” del ocio juvenil que en el “gran mundo” de las instituciones adultas (pp. 166-67).

El autor revela que la juventud existiría como tal, debido a que si bien por un lado tenemos una serie de estipulaciones sociales como normas de comportamiento institucionalizadas que distinguen a los jóvenes de otros grupos etarios. Por otro, también, se hace relevancia a una serie de estampas culturales: valores, atributos y ritos vinculados específicamente a los jóvenes. En el mundo académico fueron denominadas como “tribus urbanas”, señalando que ambas condiciones “dependen de la estructura social en su conjunto, de las formas de subsistencia, las instituciones políticas y las cosmovisiones ideológicas que predominan en cada tipo de sociedad” (Feixa, 1999, p. 18).

Un nuevo modelo de juventud parecía encontrarse en formación, no tanto como resultado de las llamadas subculturas o contraculturas³ emergentes, sino que se pone énfasis en los medios de comunicación surgidos en la revolución tecnológica asociada al capital globalizado. La influencia de las nuevas tecnologías de comunicación con ideologías determinadas en fetiches o mercancías se enraízan en los nuevos estilos de vida hegemónicos: fax, vídeo, cine, televisión, telefonía digital, informática e Internet comenzaron a construir por sí mismas nuevas formas de divulgación de conocimiento para las nuevas generaciones. Como expresa Feixa (1999):

Si bien se arrastraba a la juventud hacia un individualismo innato, también se daba la posibilidad de conexión global y refuerzo de su identidad en las experiencias cotidianas con tecnologías de la información como la radio, la televisión, el teléfono, el computador, la grabación, entre otros; que puede estabilizar a los jóvenes en un nuevo individualismo y al mismo tiempo conectarlos con sus pares de todo el planeta, dándoles la sensación de pertenecer a una comunidad universal (pp. 45-46).

Por ello aseguramos que las tecnologías han servido como herramientas para mantener la sensación de integración global, además estas mismas han permitido evidenciar que las circunstancias atravesadas por jóvenes del sur han sido drásticamente diferentes a la de los del norte. Ante las notables inequidades se implementaron diversas estrategias e instituciones dedicadas al estudio juvenil,

³ Se realiza la distinción teórica entre subculturas y contraculturas, a diferencia de las primeras estas se usan para rotular a grupos sociales que abiertamente pretenden imponerse ante la cultura hegemónica ya establecidas a partir de la esfera pública y prácticas políticas.

con el fin de poder generar cambios y desarrollo especialmente en las regiones latinoamericanas.

Son pocas las medidas políticas que surgen desde los mismos jóvenes, ya que los modelos de intervención política imponen y normalizan instituciones dirigidas por adultos observadores, con la finalidad de dar cuenta sobre ellos desde un otro externo para poder avalar la objetividad de sus propuestas ante una arena desigual. Sobre ello Feixa y Oliart (2016) nos comentan que “al parecer el interés político y económico exagera por lo que significan para el futuro: su presente no parece valer por sí mismo” (p. 20).

En América Latina se sigue asociando la antropología aplicada a la marginalidad y la violencia. Este enfoque prioriza las condiciones que generan dichos contextos y que ponen en riesgo la hegemonía política. En la investigación citada se comenta que sería fructífero dialogar también sobre cómo afecta las relaciones de poder que los colocan en situaciones críticas de exclusión social. Ya que en el primer enfoque mencionado se crean y reproducen estereotipos, categorías negativas asociadas a la juventud, dando pie a ser pensadas como inherentemente opuestas a los órdenes hegemónicos de la sociedad.

Es consecuente que al enfatizar esta visión, las trayectorias juveniles se vieron afectadas al ser encasillados en la exclusión y el desacato. Sin embargo, nos encontramos en una transición de paradigma. Ambos autores lo presentarán como el paso de las políticas culturales de la juventud hacia las políticas de las culturas juveniles:

En el primer caso, la acción pública se centra en distribuir entre los jóvenes la orientación política hegemónica, definiendo un terreno clásico en el cual las supuestas políticas integrales priorizan la política como espacio para la cohesión social y el control. Mientras que en el segundo, la acción pública es permeable a las nuevas necesidades y lenguajes que proceden de las culturas juveniles, definiendo un nuevo terreno para dichas dinámicas, por ejemplo las políticas de acción afirmativa priorizan ciertas culturas como espacios de innovación social. El primer enfoque es adulto céntrico, ya que son las instituciones dirigidas por adultos las que definen e imponen las normas del juego político y por ende la construcción de la etiqueta denominada “juventud”⁴; por su parte el segundo es

⁴ El autor de Juvenopedia afirma que el enfoque también es político céntrico pues sus propuestas de políticas culturales están mediadas por relaciones de poder.

intergeneracional, es decir, las reglas de juego son el resultado de la interacción entre generaciones, y cultura céntrica, porque es la cultura el área principal donde se redefine lo público, y el espacio idóneo para el surgimiento de nuevas identidades políticas (Feixa y Oliart, 2016, p. 22).

Se está intentando evitar terminaciones desviacionistas o subordinadas, ya que son las predominantes en el rubro. Además representa la heterogeneidad a través de la pluralidad del término y la multiplicidad de lo micro social. Sobre ello Feixa (1999) refiere:

Este cambio terminológico implica también un cambio en la ‘manera de mirar’ el problema, que transfiere el énfasis de la marginación a la identidad, de las apariencias a las estrategias, de lo espectacular a la vida cotidiana, de la delincuencia al ocio, de las imágenes a los actores (p. 85).

La diferenciación de la condición juvenil con otras categorías subalternizadas (como la del género femenino o las minorías étnicas) es que esta se representa como una condición transitoria, ya que estos jóvenes deberán cruzar hacia la adultez. En otras palabras, actuar de acuerdo al imaginario del adulto, lo que tiende a invisibilizar el menosprecio de los discursos culturales de los jóvenes. Sin embargo son ellos mismos los que construyen sus identidades y seleccionan a que colectividades quieren pertenecer; a pesar de que puedan encontrarse estereotipados, su proceso de construcción de personalidad no es, ni pretende ser, involuntario, imitativo o mecánico.

Por ello se entiende que las culturas juveniles son fronteras laxas y los intercambios de conocimiento entre sus integrantes permiten y reproducen casi infinitos estilos de vida: reciben múltiples influencias para construir un estilo propio. Así que eso dependerá de sus actividades cotidianas, sus intereses particulares, lo que alimenta sus mentes, lo que escuchan, lo que observan, los grupos o amistades que frecuentan. A este proceso lo llamaremos “hibridación cultural”, con base en Feixa y Nilan (2009):

Por un lado, hace referencia a la interacción entre lo local y lo global, lo hegemónico y lo subalterno, el centro y la periferia. Por otra parte, es un proceso de transacciones culturales que pone de manifiesto cómo las culturas globales son asimiladas localmente, y cómo las culturas no occidentales impactan en Occidente. El concepto supone, al menos potencialmente, un uso “emancipador” de la cultura, opuesto a la globalización de las relaciones de poder (p. 76).

Los autores manifiestan la representación de las culturas juveniles como heterogéneas que forman parte del mundo plural global. Perspectiva que sigue siendo un desafío para las ciencias sociales, debido a las constantes costumbres etnocéntricas. Y al normalizarse ciertos estereotipos laborales o de estilo de vida, aun en mayor medida en jóvenes de clases no elitistas nacidos dentro de regiones en desarrollo o subdesarrolladas: “ello implica una situación plagada de importantes omisiones socio históricas y deficiencias teóricas” (Feixa y Nilan, 2009, p. 78).

Además, ser consciente mi naturaleza femenina ha hecho evidente que tome la decisión de abordar una investigación que sea sensible a la construcción de géneros. Como lo hace notar Urteaga (2009), “en los últimos años la perspectiva de género ha tratado los mundos juveniles, desde los ritos de iniciación hasta diversos aspectos ligados a la construcción de masculinidad” (p. 22). La justificación de esta elección es que los espacios públicos se encuentran caracterizados por la constante presencia masculina, y mi lugar de trabajo de campo no es la excepción: como suele ocurrir en ciudades latinoamericanas, forma parte de una esfera extremadamente masculinizada.

Primero es pertinente delimitar que cuando nacemos podemos encajar como macho o hembra de la especie humana, lo que es el sexo biológico. Sin embargo el género por el que optemos se encuentra vinculado a la experiencia de formación y crecimiento. Desde el punto de vista de Téllez (2013):

Inmediatamente [después de nacer] tanto el personal sanitario como la familia nos adscribe un sexo social, ser niña o niño, lo que supone otorgarle al bebe una etiqueta de “es hombre” o “es mujer” y que lo acompañará para siempre pues estará presente a lo largo de toda su existencia e implícito en la interacción cotidiana con otras personas, en pocas palabras conformará una categorización social que marcará sustancialmente su identidad social. (p. 58)

A pesar de que todo ser humano vive estas contradicciones, generalmente para el caso de los jóvenes varones latinoamericanos se tiende a enfatizar la virilidad y se entiende a lo femenino como el otro contrapuesto a lo masculino. Empleando las palabras de Fuller (2012): “La feminización actuaría como un potente recurso discursivo que simboliza la pérdida de masculinidad y fuerza a los varones a mantenerse dentro de los límites de su identidad de género” (p. 118).

En consecuencia se hegemoniza un prototipo de masculinidad que puede llegar a eclipsar identidades varoniles alternas. Estas diferencias se legitiman socialmente con el monopolio de saberes y maneras permitidas de actuar o comportarse en espacios específicos, como mayormente los hombres pueden enfocarse en el deber de protección económica y material, mientras que las mujeres deben asumir el cuidado de la casa la carga del esposo y la formación de los hijos. Como en otras esferas públicas, la calle ha solido estar habitada por entes masculinos, contraponiendo situaciones y significados para las perspectivas femeninas.

Así al enfocarme en jóvenes varones debo también repensar el grupo delimitado, anticipando personas que resignifiquen sus estructuras. Por ejemplo muchachos que atraviesan la paternidad, un estilo de vida que marca sus cotidianidades, trayectorias e ideales. Lo veo relevante incluirlo en el análisis para poder captar un panorama más verídico de las transformaciones culturales. Desde ya, debemos subrayar que aunque la representación de la paternidad se entienda como un cierre del periodo comprendido cómo juvenil, no lo consideramos limitante para los actores que se encuentren en la investigación.

No quiero cerrar sin mencionar que lo que denominamos como parte de un periodo juvenil deja de tener sentido cuando los ritos de paso son suplantados por “ritos de impase”, parafraseando, las etapas de transición se transforman en identidades constantes⁵: ¿acaso la juventud se amplifica hasta el grado de difuminarse o mezclarse con otras etapas de la vida? ¿O puede llegar al punto de desaparecer? Como advierten Feixa y Nofre (2012):

Hoy en día, las culturas juveniles invaden la pre adolescencia (los niños y niñas sienten una fuerte atracción, cada vez mayor, por los productos de las culturas juveniles), los primeros años de ser adulto (en que los que también cada vez más mujeres y hombres de 35 a 39 años todavía participan de estilos de vidas y de las modas juveniles), los territorios no occidentales y rurales (las culturas juveniles como un esperanto), los espacios que no pertenecen al sistema de ocio (...) ¿Están las culturas juveniles muriendo por su

⁵ Como ya mencione, podemos ubicar mayores de treinta años que siguen viviendo en casa de sus padres, que se incorporan a trabajos con ritmos discontinuos o por gran cantidad de años tercerizados sin beneficios, que retrasan o readaptan la fecundidad, su experiencia de paternidad: creando nuevas formas de culturas juveniles que se están manteniendo transgeneracionalmente.

propio éxito? ¿Nos encaminamos definitivamente hacia un escenario de culturas juveniles sin cáliz político alguno? ¿O a un escenario caracterizado por culturas juveniles sin jóvenes? (p. 14).

2.2. ANTROPOLOGÍA URBANA: JÓVENES ¿TRANSGRESORES? EN ESPACIOS PÚBLICOS

La antropología urbana es el estudio etnográfico de las ciudades, y los fenómenos que se desarrollan en ella. Así a partir de las grandes migraciones hacia los centros se acentuó la expansión urbana, haciendo que se emplearan disciplinas para ampliar las investigaciones sobre el estilo de vida en las metrópolis (García, 2015). Entendiendo el análisis de la ciudad como una rama de la antropología social⁶ que emerge de la confluencia de la sociología, como ya mencionamos centralmente desde la Escuela de Chicago, y el interaccionismo simbólico.

En general podemos delimitar que los estudios realizados intentan comprender temas como la multiculturalidad, la esfera pública, la actividad simbólica en ciudades, el mundo orientado hacia la producción industrial, el proceso de urbanización, la globalización, la colectividad informática, el análisis de redes y todo movimiento social vinculado a las urbes. Lo que abarca una gran diversidad de temas interdisciplinarios.

El desarrollo exhaustivo de la Escuela de Chicago, corriente presente entre 1915 y 1940, la convirtió en una línea investigativa heterogénea ya que no adoptaron una perspectiva epistemológica única: “sin embargo, algunas características singulares le conceden una gran unidad y sentido especialmente para la sociología contemporánea” (Azpúrua, 2005, p. 26). Su característica principal es desarrollar investigaciones empiristas, alejándose de las investigaciones más ortodoxas y moralistas.

El objetivo fue engendrar conocimientos con valor riguroso, que sea útil para la toma de decisiones y obtener soluciones a problemas sociales concretos. Por ejemplo, en las grandes urbes se dan constantes migraciones que generan un persistente crecimiento desigual y desproporcionado, emergiendo

⁶ La antropología tradicional está orientada a analizar a las sociedades tribales y comunidades no industrializadas.

segmentaciones territoriales de etnias, grupos afines y/o clases. Esto solo aumentó la segregación, la vulnerabilidad y la delincuencia.

La propuesta del departamento de sociología era utilizar a la ciudad de Chicago como objeto y campo de investigación. Sin embargo, no fue hasta 1921 donde se comienza a formar una nueva generación de sociólogos que apostaran por un proyecto de conocimiento científico en la ciudad: Robert Ezra Park, Robert Redfield, Nels Anderson, William Thomas, Ellsworth Faris, Luis With, entre otros. Mientras que se les conoce como “los herederos de la escuela de Chicago” a sociólogos como Howard Becker, Erving Goffman y Anselm Strauss. Estos últimos quisiera desarrollar por su pertinencia para la investigación.

En primer lugar, H. Becker quien realiza trabajos en torno a la desviación como en su texto *Outsiders* (2009) con el cual realiza contribuciones a las disciplinas sociales por describir las lógicas del fenómeno del etiquetado en dos grupos “desviados”: los usuarios de marihuana y los músicos de jazz. Personas que por sus usos, costumbres y sus prácticas profesionales, se apartaban de las normas consideradas convencionales. La sociología de la desviación, como le llama en 1963, generó un cambio trascendental en las ciencias sociales: sus propuestas pueden describirse como constructivistas, cualitativas y críticas. Tal como el antropólogo Pablo Semán (2016) señala:

Becker nos aparta un espacio desde las investigaciones de occidente sobre lo que involucra una experiencia individual de fumar marihuana en un contexto de grandes migraciones y auge urbanístico en una importante y cosmopolita ciudad norteamericana. Demostrando, en breves palabras, que tornarse un consumidor de marihuana no es la expresión de un rasgo psicológico o de un carácter enfermizo, sino algo que implica el aprendizaje de formas de fumar para que haga efecto del reconocimiento de esos efectos y de la posibilidad de disfrutarlos; en definitiva, de generar una disposición a ese consumo y que la experiencia se vuelva divertida. Más aún, no es un acto individual aunque lo parezca, sino el resultado de determinadas relaciones sociales que habilitan esta actividad y también la constriñen (Becker, 2016, p. 10).

Se entiende que el aprendizaje sea tanto positivo como negativo, es decir que lo disfrutes o que sea una experiencia no tan agradable. Se encuentra vinculado a la predisposición que el usuario ha tenido previamente y las circunstancias que se encuentren inscritas en el dónde, cuándo, cómo y con

quienes consume. Desde mi análisis, esto también puede incluir que se disfrute fumar marihuana acompañándose con su propia persona realizando actividades individuales que a uno le agraden.

El autor deseaba conocer las dinámicas alrededor del fumar marihuana e hilvanar una ruta de los sucesos pertinentes al hacerlo. Como ya hemos advertido, fumar marihuana (y la planta de cannabis misma) se han encontrado constantemente en una multiplicidad de discursos, acciones políticas y prácticas con dinámicas tanto globales como particularmente regionales, muchas veces contradictorias, pero vinculadas. Esta idea de acción colectiva como unidad es clave en la obra de Becker. Sin embargo los contextos de desviación y rotulación que ahondo en la ciudad norteamericana lo encauzaron a polarizar las realidades descritas.

Segundo, E. Goffman, quien solía desenvolverse más en el campo etnográfico de lo micro-sociológico, también puso énfasis a la interacción dentro de la ciudad. Prestó especial atención a los eventos ordinarios que acontecen en la vida diaria y los represento como roles, fachadas y escenarios en el que se dan dramas de la vida social. Empleando las palabras de Mercado y Zaragoza (2011):

Su teoría explica los encuentros cara a cara y el comportamiento humano desde la perspectiva del microanálisis, con el cual, logró realizar una síntesis de valor heurístico entre el interaccionismo simbólico y el funcionalismo de Durkheim. En esos espacios particulares se puede verificar como los grupos sociales forman una vida propia que, vista desde cerca se vuelve “significativa, razonable y normal” (Goffman, 1961, 9-18); un universo determinado, por construcciones colectivas, que los integrantes de una comunidad reconocen y revitalizan en su actuar cotidiano (p. 161).

El análisis goffmaniano presentó observaciones más detalladas y en niveles más abstractos de profundización que ejemplifico análogamente con la puesta en escena. Exponiendo el rol activo de las personas al interpretar y proponer las normas y valores de su sociedad que produce y reproduce en su cotidianidad, a modo de diferentes roles en el día a día. “Así reconoce la existencia de estructuras sociales más amplias, pero afirma que éstas sufren transformaciones en el proceso interactivo” (Mercado y Zaragoza, 2011, p.161). Lo que brinda orden a las investigaciones sobre los encuentros cara a cara, el estigma social, los lugares de conagración y otros modelos de interacción social.

El tema del estigma, parte de las relaciones entre un grupo de pares en el que está el sujeto “estigmatizado”, para describir las dinámicas que aparecen en su interacción cotidiana, mediante los recursos e informaciones que se encuentren al alcance del grupo. El aporte se da en la interpretación de la actuación la cual emerge no solo del comportamiento visible, sino que además debe analizarse mediante los pensamientos y la consciencia pues estas definirán las actuaciones, aunque no sean directamente observables.

Producto de las investigaciones venideras se exaltan las relaciones socio-geográficas dadas en las urbes. Por un lado se determinó que para la construcción de relaciones humanas con el espacio debemos también vincularlas con su dimensión temporal. Es decir, cualquier actividad (como de producción, de habitar, de adaptación, las relaciones ecológicas, etcétera) que determina la regulación del espacio geográfico es pensada en un momento temporal específico.

Por otro lado, se resalta que el territorio conlleva la huella y el testimonio de sociedades anteriores construyéndose relaciones espaciales de índole histórico. Asimismo se reconoce la existencia de relaciones más sustanciales y orgánicas, como los vínculos de afección y arraigo, que crean lazos afectivos entre el ser humano y el espacio, estos pueden ser tanto positivos como negativos. Con base en estas relaciones, los lugares poseen una dimensión figurativa e ideológica valorada por el grupo social que lo usa y práctica: encarnando valores y convicciones afines a sus usos y a quienes los usan.

Por ello, los espacios también se vinculan a la economía, la política y la cultura en su sentido más amplio. Surgiendo la necesidad de realizar mayores distinciones en las investigaciones antropológicas: la primera bifurcación se da con los estudios “de la ciudad” contrapuestos a los denominados “en la ciudad”.

La última alternativa optó por mantener los métodos y encuadres más clásicos de la disciplina: en la ciudad buscaron y estudiaron poblaciones segregadas de tugurios, guetos o barrios bajos; ya que desde esta perspectiva solo en dichos espacios se encontraban unidades étnicas, económicas y culturales socialmente aisladas, maso menos autocontenidas al estilo primitivo o “folk” (Gravano, 2016). La consecuencia fue la producción de investigaciones con un recorte físico de la realidad que la muestra como una sustancia inalterada

Por su parte la antropología de la ciudad, dicho con palabras de A. Gravano (2016):

Trata de aprovechar la riqueza metódica del enfoque antropológico para estudiar en forma particular el fenómeno urbano, complejo o moderno en la totalidad de sus manifestaciones: cualquier sector social y cualquier aspecto o problema que se considere. No trata de buscar un objeto como si fuera una cosa, sino que considera su objeto de conocimiento como una relación conceptual (...). En lugar de ver lo que de por sí considera exótico (...), el antropólogo tratará de estudiar lo familiar, lo propio de su cultura, *como si fuera exótico* (...). Ahora se trata de construir una *otredad conceptual*, que permita descentrar la visión y así poder detectar ángulos, contradicciones e intersticios que de otra manera (...) no se podrían percibir (pp. 30-31).

Al ser las y los antropólogos expertos en el extrañamiento, se asume que la exotización de lo familiar servirá como herramienta echa a la medida para abordar este tipo de investigaciones.

Las nuevas visiones permiten profundizar el estudio sobre el vínculo de la sociedad con su entorno, se conjuntan las dimensiones geográficas, históricas y socioculturales haciéndolas interdependientes. Para nuestra disciplina se considera al tiempo y el espacio como la totalidad de las magnitudes cotidianas: “De gran utilidad para la antropología es cuando Hartshorne⁷ asume que el espacio y el tiempo asocian todas las dimensiones de la vida” (García, 2015, p. 164). Así se comprende el análisis de los fenómenos geográficos desde una perspectiva antropológica, en donde la dimensión temporal consiente la observación y registro de las formas de apropiación y sus transformaciones.

David Harvey es otro especialista en geografía quien realiza múltiples aportes a la concepción de espacio desde una perspectiva social. Como señala Isaura García (2015):

Para fundamentar esta relación Harvey propone utilizar la clasificación elaborada por el filósofo Cassirer en 1944, elaborada con base en la experiencia: “espacio orgánico, espacio perceptual y espacio simbólico”. Considera, al primero como la transmisión genética, desde la perspectiva biológica y etológica; la segunda más compleja, comprende la experiencia sensitiva, táctil, olfativa, acústica, cenestésica; este tipo espacial concibe el esquema o mapa mental como necesario además de integrar por la práctica a la

⁷ Geógrafo

memoria relacionada con el modo de pensamiento cultural adquirido, el tipo de espacio simbólico se determina a partir de la experiencia espacial abstracta, permite la interpretación y representación simbólica. Conceptualización también observada en las propuestas teóricas de H. Lefebvre, quien argumenta (...) la posibilidad de que el espacio “desempeñe un papel o una función decisiva, en la estructuración de un totalidad, de una lógica, de un sistema”, (...). En este sentido subrayó que no se trata solo de localizar una necesidad o función práctica y estratégica, sino de “especializar” una actividad social vinculada a su conjunto, produciendo un espacio apropiado (p. 165).

Se señala que el espacio no es en sí mismo ni relacional, ni absoluto, ni relativo; sin embargo, puede llegar a serlo, una o todas estas a la vez, según sean las circunstancias. Por ello que, conceptualizar el campo físico significa introducirnos en la práctica cotidiana de sus habitantes en él y comprender la experiencia sensible. Es decir, registrar el uso del espacio junto con la perspectiva del agente, quien nos lo expresa a través de la memoria y el lenguaje que evoca los recuerdos.

Por su parte, Michel De Certeau (1984) llega a conclusiones similares, estableciendo vínculos entre el habla, la escritura, la lectura y el espacio pensado, definido, practicado y transmutado. Para su perspectiva, la palabra enunciada es la práctica de la lengua, así como las palabras articuladas es un lugar practicado: el espacio será entonces no solo producto de quienes lo piensan, planifiquen o generen sino que es primero a través de las prácticas diarias urbanas que el espacio de la ciudad toma forma (p. 117).⁸

Esta propuesta exacerba el pensamiento y la cosmovisión que hace énfasis en el hábito espacial que genera el territorio simbólico, es decir, espacios productos de la intervención humana. Se asume que la historia, identidad, etnicidad y pertenencia de los habitantes toma sentido cuando son ubicados en su tiempo y espacio. Esta simbiosis, de forma dialéctica, abraza las características culturales de los diferentes grupos sociales.

Desafortunadamente, Lefebvre y De Certeau crean ambos una visión similar entre el espacio cotidiano, vivido y espacios abstractos de representación, al enfatizar las prácticas de ciertos actores, mientras que le permiten a otros permanecer como fuerzas

⁸ Traducción propia del texto “Space is a practiced place”.

desencadenadas. No obstante juntos inspiran un planteamiento antropológico que llama la atención sobre las prácticas espaciales, productivas y cotidianas de los actores sociales (Salcedo y Zeiderman, 2008, p. 69).

Desde la mirada culturalista podemos afirmar que las investigaciones han generado un amplio conocimiento sobre las problemáticas de las urbes. Sin embargo, no se detienen los nuevos desafíos tanto para intelectuales como para los gobiernos, las organizaciones y los movimientos sociales. La complejidad de la vida social urbana es evidencia de las modificaciones materiales y problemáticas evidentes en la superficie, empero son comprendidas al sumergirnos en las profundidades sistemáticas y figurativas las cuales emergen y se reconstruyen cotidianamente:

Estamos convencidos de que el tratamiento de la ciudad desde los imaginarios y representaciones de lo urbano es una postura teórica y metodológica que permite identificar y descifrar las predisposiciones a la reproducción de la ciudad y de lo urbano bajo pautas ya instauradas, así como la puerta a otras tendencias que anuncian formas de producción innovadoras de la ciudad y lo urbano (Vera, Gravano y Aliaga, 2019, p. 9).

Tanto las representaciones sociales como los imaginarios urbanos se constituyen como herramientas al ser usadas como gafas desde las cuales es posible desmantelar y rehacer algunos de los fragmentos de la vida citadina.

Retomando el texto de Manuel Delgado (2018), quien ahonda sobre la producción de espacio en contextos urbanos, también a través de propuestas previas de autores como Lefebvre: “Lo que la forma urbana reúne y torna simultáneo puede ser muy diverso. Tan pronto son cosas, como personas, como signos; lo esencial reside en la reunión y en la simultaneidad” (p. 70).

Además el autor indica que Lefebvre basa su teoría en la contraposición del espacio vivido y el espacio abstracto: siendo el primero el lugar habitado, usado y practicado cotidianamente, mientras que el segundo es el “imaginado e organizado por tecnócratas de la ciudad que raramente reconocen hasta qué punto su ‘creatividad’ está sometida a interés privados o institucionales” (Delgado, 2018). La construcción de dichos espacios da lugar a la producción y reproducción de las relaciones sociales cotidianas.

La dialéctica teorizada por H. Lefebvre se basa en un trío conceptual compuesto por (1) las prácticas espaciales dadas en el espacio percibido, es decir, el lugar de la experiencia material que vincula la realidad cotidiana y la realidad urbana. Luego, (2) las representaciones del espacio que forman parte del espacio concebido, en otras palabras, el espacio de los códigos de ordenación, fragmentación y restricción, donde suelen intererir los tecnócratas y planificadores. Por último (3) los espacios de representación dados en el espacio vivido, dicho de otra manera, el espacio de la imaginación y de lo simbólico dentro de la existencia material donde se ratifican los usuarios y habitantes.

Como describe E. Martínez (2013):

La tensión permanente (pugnas, resistencias) entre estos espacios parecería dirimirse en el contexto de la sociedad capitalista a favor del *espacio concebido*. Sin embargo, difícilmente, señala Lefebvre, el *espacio vivido*, aquel donde se encuentran los lugares de la pasión y la acción, se somete a reglas de la coherencia que las *representaciones del espacio* pretenden imponer. El autor propone así captar la experiencia cambiante de lo espacial a través de esta tensión dialéctica, reivindicando la potencialidad de los espacios de representación para actuar sobre las representaciones y las prácticas espaciales. Este mecanismo permitirá a Lefebvre denunciar y superar un oscuro ejercicio de *heteronomización del espacio social* (Lefebvre, 2013, p. 16).

Con ello se entiende que debemos priorizar el carácter practicado y vivido por el usuario, el habitante y el ciudadano; y no terminar cosificando al espacio. Además queda claro que el espacio urbano no es un ideal o sustancial, sino que debe analizarse como un espacio tiempo diferenciado. Por ello “estar” en el espacio público significa usarlo y vivirlo, implica un proceso de socialización además de un aprendizaje para tolerar, negociar y respetar a las y los usuarios. Mejor dicho, saber procesar la diversidad. Empleando las palabras de T. Cabrera y M. Villaseca (2007) “las actividades mediante las que se produce este aprendizaje están inscritas en el espacio y, por tanto, condicionadas sus características. En este sentido, *la calidad de ese aprendizaje guarda relación con la calidad del medio físico*” (p. 30).

Para cerrar este apartado vamos a delimitar que andar en la ciudad, es la práctica de la urbanidad y su acto de enunciación; siendo los lugares de recreación, como parques, los espacios públicos por excelencia. Donde las

jerarquías pueden ser visibilizadas y se pueden generar nexos entre lo macro y micro social. El antropólogo Rodrigo Sepúlveda (2016) alude que:

Al remitirnos a lo “urbano”, nos sorprende una categoría incierta, que nos hace pensar que el autor nos está hablando de algo que va más allá de aquellos conceptos que se repiten en los marcos teóricos convencionales, marcados hoy por un canon postmoderno donde el intertexto parece imponerse sobre la creatividad (Gravano, 2016, p. 9).

Si bien lo urbano nos sigue remitiendo a un contexto global, en el caso de Latinoamérica también expresa las desigualdades vigentes en nuestras sociedades. Por ello ante la expansión de la urbanización, occidentalización y modernización, la disciplina también tuvo que dejar de lado ciertas formas más ortodoxas de concebir la realidad para inmiscuirse en las sociedades cercanas de sus propios territorios: se da un giro al extrañamiento antropológico y se hace uso de la etnografía en la ciudad. Para poner en relieve la percepción del espacio habitado vinculado a la organización de los modos de vida y las cotidianidades, dinámicas que pretendo acercarme.

2.3. CIBERANTROPOLOGÍA: LA GLOBALIZACIÓN Y LA INDUSTRIA DEL CANNABIS

Con la crisis de la teoría de la modernización se empezó a desconfiar de las grandes teorías que explicaban las estructuras sociales, sin darle más peso a la limitación de las interpretaciones que podemos darle a las acciones y/o connotaciones. Sumado a la crisis global de la posguerra y sostenibilidad de un capitalismo tecnológico, surgió la necesidad y el interés por estudiar dichos avances desde nuevas perspectivas.

Las relecturas de las tecnologías nos proveen de un extracto de representaciones, imágenes y discursos; ya que hablan de anhelos, intereses, momentos críticos y sus alternativas sociales en los tiempos y culturas que las producen: nos permiten acceder tanto a lo vital como a la mofa dejándonos rastros para la comprensión de la vida cotidiana con solo sumergirnos en el análisis del contexto o elementos expuestos.

Hasta el día de hoy podemos considerar tres aproximaciones al estudio de las nuevas tecnologías desde la antropología. La primera es la etnografía virtual,

la cual se ha encargado del estudio de la Web resaltando las diferencias entre los espacios online/offline. La segunda propuesta es la antropología cyborg, que amplifica los estudios que vinculan la producción investigativa y el mundo digital junto con la agencia cuasi orgánica de las tecnologías: se las corporizan como máquinas autónomas de producción cultural. Siendo la tercera, la ciberantropología, rama sociocultural que estudia los sistemas cibernéticos en lo más amplio que esto refiera es decir cualquier relación de los seres humanos con las tecnologías.

Dicha subdisciplina sí propone involucrar sus entornos offline. Sus temas oscilan en diversos contextos tecnológicos y aparatos emergentes, como el Internet, los dispositivos electrónicos, las redes globales o el estudio de los ciborgs. Sin embargo, para mi investigación centro mi atención en el fenómeno tecnológico de uso masivo: el celular inteligente. Particularmente las redes que involucran su uso, su función de comunicar y cohesionar grupos humanos, y lo que involucra su uso tanto offline como online.

Dicho término hace referencia a las crecientes redes y sistemas de ambientes mediados por ordenadores, ahí también debemos incluir a todas las demás nuevas tecnologías de información y comunicación. Sobre ello Arturo Escobar refiere:

El ciberespacio es visto como la habilitación con una co-presencia e interacción completa de múltiples usuarios, que permite una entrada y una salida desde y hacia el campo sensorial humano, con lo cual se permite percibir realidades virtuales y reales, recolección remota de información, control por medio de tele presencia y una total integración e intercomunicación con un rango completo de productos y ambientes inteligentes en el espacio real (Escobar, 2005, p. 21).

El autor también ha secundado a Chris Gray y Mark Driscoll, quienes en su texto titulado “¿Qué tiene de realidad la realidad virtual? Antropología del y en el ciberespacio”⁹ sugieren que se realice la distinción entre “antropología del espacio” y “antropología en el espacio” para abordar la amplitud de estudios sobre el ciberespacio, los ambientes en los cuales se originaron y la manera en que funcionan. Así los interesados podríamos estudiar las tecnologías de información

⁹ Traducción propia

y comunicación, y sus indisolubles vínculos con los valores hegemónicos de racionalidad, instrumentalidad, beneficio y violencia:

El señalamiento que hacen algunos diseñadores ciberespaciales con respecto a que las nuevas tecnologías “harán al cuerpo obsoleto, destruirán la subjetividad, crearán nuevos mundos y universos, cambiarán el futuro político y económico de la humanidad y dejarán un nuevo orden post-humano”, constituyen para los críticos, en el mejor caso, un deseo piadoso, motivado por el carácter seductivo de la realidad virtual y de tecnologías similares. En el peor de los casos constituyen esfuerzos equivocados en la ingeniería de la realidad social (...) y que a pesar de su esperado potencial para propósitos de liberación y humanización, las aplicaciones orientadas hacia un beneficio económico seguirán siendo indudablemente dominantes (Escobar, 2005, p. 21).

Estos temas nos remiten a los debates sobre qué medios nos están influyendo, transformando y construyendo; cómo nos estamos vinculando con los aparatos; cuáles son sus límites de agencia en nuestras cotidianidades y en el ser humano mismo; entre otras incertidumbres. Como postula Escobar (2005) los cuerpos, los organismos y las comunidades, tienen que ser nuevamente teorizados como compuestos de elementos que se originan en tres esferas con límites permeables: lo orgánico, lo técnico-económico y la cultura textual (p. 22). Nos deja en claro que no podemos reducir la tecnología a los tecnólogos, ya que esta forma parte de un intrincado tejido junto con otros dominios como sociales, económicos y políticos.

Escobar presenta a la “cibercultura” como el área donde la naturaleza, los cuerpos y los organismos están elaborados en conjunto con máquinas. Además, dicha creación se encuentra constantemente mediada por discursos científicos o narrativas tecnocráticas:

Debe ser entendida como el campo de fuerzas y significados, en el cual esta compleja producción de sentidos de vida, de trabajo y de lenguaje, toma lugar (...) también representa nuevas posibilidades para articulaciones potenciales entre los seres humanos, la naturaleza y las máquinas. Lo orgánico no necesariamente, está opuesto a lo tecnológico (Escobar, 2005, p. 22).

Impuesta o no, la cibercultura termina siendo una importante herramienta con múltiples fines, tanto para el conocimiento como para ser una inacabable distracción. Podemos afirmar que las tecnologías parecen posicionarnos en una nueva etapa como sociedad global, con transformaciones posiblemente

irreversibles. Pues los nuevos tiempos nos traen, casi inacabablemente, más desarrollo de tecnologías; estas siempre están en continua modificación. Como somos testigos los aparatos tecnológicos se han involucrado y adherido a nuestras formas de comunicarnos, relacionarnos, trabajar y vivir.

En especial, las tecnologías de la comunicación han sabido sumergirse en las juventudes y en la construcción de nuevas civilizaciones. No solo han generado conocimientos, sino nuevas formas de vida pues marcan nuestro devenir y, al menos mayoritariamente, no parece incomodarnos. Les damos todo el acceso a nuestras cotidianidades. Se nos solicite o no las hacemos parte de nuestro día a día y llegan a integrarse con nuestra personalidad.

También rescatamos ciertos aportes de los estudios culturales emergidos desde la escuela Birmingham. Como ya hemos mencionado estas investigaciones se han centrado en segmentos de la población cayendo en la interpretación de “lo desviado” centralmente como opuesto a lo convencional, estudiándolos como aislados. Como se puede prever, su problemática se intensifica cuando las investigaciones terminan exotizando o acentuando el estigma sobre los sujetos.

Sin embargo, el constante desarrollo de las nuevas tecnologías de información y comunicación (NTIC), y el estallido de un consolidado espacio de interacción socio-cultural nos lleva a preguntarnos sobre los procesos de gestación de los imaginarios sociales en la era de la globalización. De acuerdo con Emilia Bermúdez y Gildardo Martínez (2001), “las NTIC y la llamada ‘realidad virtual’ impulsan y problematizan el debate en los estudios culturales acerca de las mediaciones tecnológicas en la conformación del tejido simbólico de la sociedad, y sus implicancias para el orden social” (p. 27).

La realidad virtual transforma la idea de comunidad, estas establecen nodos de interacción cultural y construyen identidades al compartir los movimientos de mensajes, imágenes e información. Sin embargo, en dicho universo nos encontramos mediados por computadoras y redes de telecomunicaciones, que hacen posible el encuentro. El mundo virtual también es el espacio de exigencias y luchas ideológicas, pues el ciberespacio permite la confrontación con el otro figurativo. “No obstante el nuevo terreno de congregación, en los espacios virtuales pueden encontrarse los elementos sociales, económicos, políticos y

culturales que constituyen los distintos dominios de una comunidad” (Bermúdez y Martínez, 2001, p. 20).

Los productos simbólicos que emergen de dichos espacios trasciende lo local para anclarse con las interacciones globales. Sobre ello, las autoras afirman que “son los llamados actores de la globalización que producen imaginarios globalizados y que cuentan con la tecnología como medio de producción y circulación, y poseen el capital cultural necesario para hegemonizar las producciones simbólicas de la sociedad” (p. 23). Por ejemplo exponen que las redes suelen comunicarse y reproducirse predominantemente en Inglés sobre el Español u otros idiomas del globo. La capacidad de generar contenidos también se encuentra inmerso en una hegemonía llamada “imperialismo cultural”.

En las ciencias sociales se bifurcan las preocupaciones que se asocian a las NTIC en nuestra contemporaneidad. Uno sugiere despojar a los medios de comunicación de la visión maniqueísta y devolver el papel activo a las audiencias, como la Escuela de Birmingham que articulan la cultura para elaborar distintas significaciones a partir de las diferenciaciones sociales. El otro, plantea que el individuo se encuentra alienado, que deja sin oportunidades a su consciencia y lo somete ideológicamente a la esclavitud del neoliberalismo:

Las Nuevas Tecnologías reabren el debate en los estudios culturales, sobre las profecías del fenómeno massmediático. Por una parte, encontramos a los partidarios del ciberespacio y defensores de la idea de la tecnología como un medio liberador del sujeto, y por otra, los neoluditas que ven en el hecho tecnológico actual el dominio de la máquina sobre la humanización y la configuración de una cultura fractal en donde no existen posibilidades de edificar lo colectivo (Bermúdez y Martínez, 2001, p. 28).

La corriente por la que optan los Estudios Culturales es problematizar la relación entre poder y cultura, retomando una mirada más optimista que parece fundamental para posicionarse al observar el campo registrado. Con dicha perspectiva puedo involucrarme en los discursos y prácticas que se crean a través de las tecnologías. Lo que permite analizar cuestiones como ¿qué nuevos dominios de la actividad humana crean estas prácticas y discursos? ¿De qué forma las personas vinculan estos “tecno-espacios” a sus rutinas? o ¿Cuáles son

las consecuencias de este vínculo en términos de adaptación a nuevas formas de pensamiento y de ser?

Bajo estas interrogantes nos posicionamos en lo referente al tema central de la investigación jóvenes usuarios de marihuana en espacios públicos y las transformaciones sobre su discurso en la presente posmodernidad, específicamente en nuestro estudio de caso: un barrio clase mediero de Santiago de Surco, distrito de una ciudad latinoamericana.

Siguiendo con la investigación bibliográfica traemos a colación el artículo “Movimientos juveniles y usos de las tecnologías digitales en América Latina”, de las expertas Liliana Galindo R. y Rita de C. Alves (2015), quienes afirman que:

En esta era de internet asistimos a un proceso creciente de visibilización intensiva de los acontecimientos de la vida individual y colectiva contemporánea. Según ello, este fenómeno se produce en razón a la expansión de la información por medio de las diversas plataformas virtuales asociadas al universo digital. Sin embargo, contrario a creer que se trata simplemente de una ampliación de las dinámicas de visibilización online de lo que ocurre offline, de lo que se trata es de un proceso de reconfiguración de los procesos de visibilización y de invisibilización tanto en línea como fuera de línea (pp. 191-192).

Ambas realidades son entendidas como interdependientes, a modo de un prisma en constante aumento de lados, conectando a modo de red desde cada uno de sus vértices. Lo que ha podido lograr el Internet en ello es acelerar el persistente incremento de lados dándonos la sensación de cursar una nueva era.

Desde mi perspectiva como ecofeminista se me hace difícil no traer a la reflexión ciertas particularidades del contexto actual de la realidad virtual y la industria del cannabis. Aunque es una planta y sigue siendo considerada así, no podemos negar que con las tecnologías de modificación genética vegetal y las NTIC se ha originado un boom de sus presentaciones y comercialización en diversos lugares del mundo, conteniendo Norteamérica y Europa lugares espléndidos para aprovechar y disfrutar de experiencias y variedades cannábicas modernas que se hacen globalmente famosas.

América Latina por su parte se sigue esgrimiendo a su rol productor de materias primas, indistintamente de su legalidad o permisividad, para los países desarrollados. Exceptuando a Uruguay, que optó por legislar una reglamentación

e implementación completa y fundamentada en los beneficios y respeto de los usuarios y la población de la República Oriental, muchos países vecinos y nosotros mismo nos aferramos a un proceso económico que nos está generando más vulnerabilidades y menos ganancias. A pesar de todo, la planta de cannabis y sus derivados como la marihuana se han sabido adaptar para seguir fortaleciéndose su uso y comercialización tanto en el extranjero, como en nuestro país.

Además, veo productivo plantear a la industria de la marihuana como parte de una economía-mundo. Tenemos en cuenta la teoría macro sociológica del sistema-mundo definido por Wallerstein, ya que nos constituiría una directriz teórica metodológica alternativa que intenta explicar las dinámicas del capitalismo económico mundial como un sistema social integral.

No debemos confundir la economía mundial¹⁰ con la economía-mundo, esta última “se caracteriza por un conjunto integrado de procesos de producción que se articulan a una división del trabajo de naturaleza expansiva, amplia y relativamente plantearía, cuyas relaciones fundamentales se constituyen a través del mercado mundial” (Adames, 2002, p. 14).

Como indica Wallerstein, hasta antes de la Revolución Francesa la modernidad es pensada como una sola. Mientras que después de la segunda mitad del siglo anterior se abre el periodo donde se bifurcan las modernidades y se registra una lucha abierta. Se desdobra por un lado una connotación positiva evidenciada en el imparable progreso tecnológico e innovación. Por otro, un significado casi opuesto al primer imaginario que tiene como finalidad el conflicto social y por ende la liberación del ser humano:

Wallerstein consigna que ya desde hace 50 años lo moderno tenía dos acepciones claras. Una “positiva” que connotaba la tecnología más avanzada y se inscribía en una concepción del progreso tecnológico creciente y por ende de innovación constante. Esta modernidad se objetivaba a través de formas materiales y encarnaba de manera condensada la tensión que el progreso tecnológico produce visualmente: aviones, locomotoras, automóviles, plantas

¹⁰ La economía mundial es solo un conjunto de relaciones comerciales entre diversos estados. Es decir, se sustenta en una serie de economías nacionales, implícitamente separadas, configurando una suma de contextos comerciales limitados que conforman la economía internacional.

industriales, etc. Sin embargo existía otra concepción cuya connotación principal era “más oposicional que afirmativa” y conectaba con un conjunto de valores emancipatorios articulados al triunfo de la libertad humana, donde “su camino no era el descubrimiento intelectual sino el conflicto social”. A estas dos lógicas Wallerstein denomina, a la primera modernidad de la tecnología y a la segunda modernidad de la liberación. Este contrapunto entre modernidad de la tecnología y modernidad de la liberación, a juicio de Wallerstein, configura dentro del sistema mundial moderno, en el sistema de capitalismo histórico, su construcción cultural central (Adames, 2002, p. 15).

Para el autor la articulación de estas dos modernidades es el núcleo de la economía-mundo capitalista: impulsando a la modernidad tecnológica y también conteniendo a la modernidad de la liberación. Y el caso de la industria global del cannabis tampoco queda excluida de estas dinámicas. Esta situación ha suscitado preocupación ante la posibilidad de que, en vista de la rapidez con la se esta aumentado la demanda de cannabis, sean los ingresos económicos los que marquen la trayectoria de la industria de la planta, en lugar de las consideraciones públicas (UNODC, 2020, p. 12).

La posición geopolítica del Perú, con lo que respecta a las drogas, es que principalmente se le reconoce como cultivador de coca, en otras palabras, en la historia de nuestro país el principal problema con respecto a la producción y consumo de drogas ha estado vinculado al narcotráfico, la violencia y la pobreza que este fenómeno genera en nuestro territorio.

Por ello las antiguas restricciones jurídicas aún usadas no hacen relevancia sobre las distinciones entre tipos de drogas, por ejemplo desde sus efectos o su naturaleza. Es evidente que en los últimos años ha habido un giro en la percepción de la marihuana, sin embargo se siguen expandiendo muchas dinámicas que no están siendo profundamente analizadas.

Cabe señalar que la producción y consumo de marihuana, no suele ser un tema que genere espacios de diálogo en la percepción de relevancia política nacional, en comparación con el comercio ilegal de cocaína. Además, tal como expresa Pastora Carcher (2015):

Ser consumidor recreativo o usuario de cannabis significa que la administración o empleo de la planta no persigue fines espirituales o terapias medicinales, sino que su práctica está ligada a las

actividades cotidianas, de esparcimiento, bienestar y/o producción creativa, entre otros múltiples fines, y que no significan una excepción dentro de su diario vivir (pp. 9-10).

Quiero aprovechar este apartado para ejemplificar un acercamiento exploratorio a plataformas virtuales, como Facebook e Instagram, y al fenómeno massmediático que generan discursos en torno al cannabis. Entiendo que puede ser poco probable que los jóvenes colaboradores también formen parte de las mismas comunidades virtuales, por ello nuestro objetivo es sólo dar cuenta del flujo de información que se encuentran diseminado en las culturas juveniles, y que pueden surgir en el uso cotidiano de sus tecnologías.

Para ello hemos escogido aleatoriamente tres (3) comunidades virtuales presentes en los portales mencionados. La primera imagen fue encontrada en la red social Instagram publicada por la comunidad “Revista Chacanna”, la cual hace referencia a la decisión tomada por la Organización de las Naciones Unidas (ONU) el presente año, situación que comenté al inicio del documento.

Figura 1. Una de las publicaciones del perfil denominado Revista Chacanna en la red social Instagram a raíz de la decisión de la ONU



Fuente: <https://www.instagram.com/p/CITfGbkJ1tg/?igshid=lbdb1h4n48s0>

La segunda figura fue encontrada en la red social Facebook, por uno de los usuarios de la Comunidad Cannabica Perú. El discurso vaciado en la imagen compartida nos indica un listado de diez axiomas sobre el consumo de marihuana, lo que sugiere es que todo consumidora o consumidor debe respetarlas o al menos tenerlas presente.

Figura 2. Publicación titulada “Diez mandamientos de la marihuana”, compartida por uno de los usuarios en el perfil de Facebook de la Comunidad Cannabica Perú



Fuente: <https://www.facebook.com/101014671709521/posts/157475219396799/>

Por último, en la tercera imagen podemos encontrar una publicación, nuevamente de la red social Instagram, realizada por la Asociación Peruana de Horticultores Medicinales que realiza una descripción de los beneficios del

consumo de la marihuana, aludiendo a sus dos componentes principales el CBD y THC.

Figura 3. Listado sobre las propiedades de la marihuana que son beneficiosas para el ser humano en Instagram publicado por la Asociación Peruana de Horticultores Medicinales

APHM aphmedicinales_ • Siguiendo

Marihuana, más allá de la droga

El cannabidiol (CBD) es un cannabinoide que se encuentra en el cannabis, siendo el principal componente de la planta, representando hasta un 40% de sus extractos. Comparado al tetrahidrocannabinol (THC), el cannabidiol no es psicoactivo.

El tetrahidrocannabinol (THC), es el principal constituyente psicoactivo del cannabis. En estado puro, es un sólido vítreo a bajas temperaturas. El THC es poco soluble en agua, pero se disuelve fácilmente en la mayoría de disolventes orgánicos, específicamente lípidos y alcoholes.

C1=CC=C2C(=C1)C(=O)C=C2

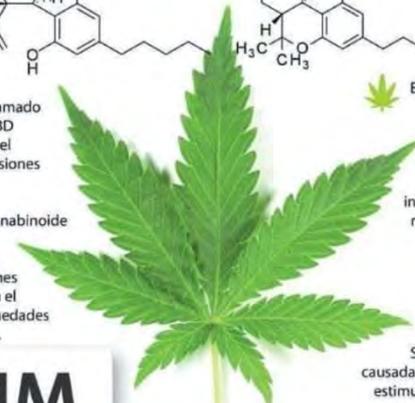
CBD

CC1=C(C)C(=C(C=C1)O)C2=C(C)C(=O)C=C2

THC

- Se creó otro medicamento llamado Epidiolex, a base de CBD en forma líquida, para el tratamiento de convulsiones en niños.
- El CBD es un cannabinoide que reduce el dolor y la inflamación, controla las convulsiones epilépticas y sirve para el tratamiento de enfermedades mentales o adicciones.

- El THC estimula el apetito y reduce las náuseas.
- El THC también puede ayudar a disminuir el dolor, la inflamación y los problemas relacionados con el control muscular.
- 2 medicamentos aprobados por la FDA contienen THC, dronabinol y nabilone. Se utilizan para las náuseas causadas por quimioterapia y para estimular el apetito en pacientes con sida.





❤️
💬
📌

39 Me gusta
 aphmedicinales_ Marihuana, más allá de la droga
 #anhm #cannabis #thc #cbd #cbg #cbn #thca ...
 4 de mayo de 2020 • Ver traducción

Fuente: https://www.instagram.com/p/B_wZugmp8Sy/?igshid=dkrrdoayffee

Como mencione y para cerrar la investigación bibliográfica estas son algunas de las representaciones que circulan en las comunidades virtuales de los consumidores o interesados en la marihuana, el movimiento cannábico y la industria del cannabis. Mucha de esta información, no vamos a inmiscuirnos en su veracidad, es tomada por los jóvenes o usuarios virtuales en general como alimento para sus ideas, comportamientos o prácticas: modificando y/o influyendo en sus cotidianidades.



3. CONCLUSIONES

Los estudios sobre juventudes etiquetadas como transgresoras, o similares, han sido ampliamente abordados desde la antropología y las ciencias sociales. Sin embargo, como en diversos temas de investigación, a cuanto mayor desarrollo e intentos de integración de conocimientos, con la intención de desterrar la univocidad, más constantemente se abrirán espacios para nuevos aportes.

En el recorrido seguido por la antropología urbana, la idea de cultura como un conjunto de rasgos o singularidades que se crean y se recrean en función de las interrelaciones sociales de los individuos y grupos de la ciudad propagaran un fecundo campo de investigación. Diversas son las investigaciones que se desenvuelven en las urbes: tratan sobre variados grupos sociales que convergen, comparten y socializan en diferentes espacios ciudadanos.

Muchas etnografías toman uno o más barrios como unidades de análisis para ejemplificar y exponer de forma minuciosa los vínculos humanos que se dan en la vida cotidiana de los sujetos y de los diversos grupos en contacto. En especial, el estudio de las minorías culturales supone un foco para las ciencias sociales. Además las investigaciones en torno de la ciudad ahondan en procesos de interacción cotidiana, acciones condicionadas por variados factores, tanto de índoles económicas, políticas, simbólicas, etcétera.

Esto genera y reproduce la diversidad étnica entre los variopintos grupos poblacionales y sus organizaciones sociales. Por ello, encuentro rica mi investigación al estar asentada en un particular sector medio limeño, donde por un lado encontramos disposiciones municipales estrictas que siguen lineamientos más tradicionales. Y por otro, el cruce, instalación y aceptación de prácticas informales que lo conectan con otras porciones sociales de distritos aledaños.

Desde esta perspectiva me posiciono como investigadora y como ecofeminista, debido a que ya no podemos dejar pasar ciertas relaciones de poder evidentes en nuestros rasgos de cultura postmoderna. Pues temas como el consumo de marihuana ya han podido ser abordados en diferentes contextos por clásicos como lo hizo Howard Becker. Empero, un poco menos se ha reflexionado sobre las dinámicas emergentes a la marihuana como parte de una industria

global, quizá porque en ese entonces aún no se concretaba o visibilizaba dicho panorama que hoy sí está evidente.

En la actualidad, tenemos muchísimas más herramientas metodológicas para darle una relectura a estas prácticas inmersas e invisibilidades en las sociedades latinoamericanas. Mi intención tampoco es escandalizar sobre las dinámicas alivianadas del cannabis; sino, es dejar constancia de como los procesos tecnológicos en desarrollo impactan y han modificado las circunstancias de conocimiento, producción, consumo e ideologización de la planta de cannabis.

En especial para Latinoamérica, los usuarios que tienen más sencilla la adaptación a dichos recursos y aparatos de comunicación, los que nacen con ellos en su “normalidad”: los jóvenes del siglo XXI. Desde ello, los muchachos reciben entendimientos globales sobre la marihuana que escapan de las instituciones formales. Brindándoles nuevas perspectivas más amplias que rompen esquemas territoriales mucho más en las grandes urbes.

Para ir cerrando, pongo en autos que cualquier fenómeno social, como el consumo de drogas, es susceptible a múltiples lecturas e interpretaciones. Es evidente que en nuestro contexto histórico fumar marihuana, o usar cannabis, emerge problemáticas; tanto por sus motivos de uso, consecuencias y/o implicaciones. Por ello es fundamental que deba ser atendido desde distintas perspectivas, y cada una de estas propondrá un modo particular de aproximarse. En mi opinión y debido a su complejidad debe ser abordada como un “hecho social total”, y poder ser analizado desde sus condiciones particulares.

En suma, por eso considero que mi perspectiva implica las siguientes visiones: (1) los relatos de los usuarios como voces principales de lo que ocurre en la realidad concreta, (2) el fenómeno vinculado a las prácticas de consumo como anclado al espacio de investigación, (3) las condiciones socio-históricas en las cuales se asimilan y desenvuelven dichas prácticas y (4) las representaciones colectivas presentes en el imaginario social del grupo social a profundizar.

4. BIBLIOGRAFÍA

- Adames, E. (2002). Repensar las Ciencias Sociales. Una perspectiva desde los sistemas-mundo. *Tareas*, 112(2), 13-24.
- Almada, H. (2014). *La apropiación del espacio público a través de las prácticas deportivas juveniles* (tesis doctoral). El Colegio de la Frontera Norte, Tijuana, México.
- Araneda, P. (2016). *El simbolismo del cannabis: La transgresión de la prohibición, mediante el consume y cultivo de marihuana* (tesis de licenciatura). Pontificia Universidad Católica del Ecuador, Quito, Ecuador.
- Azpúrua, F. (2005). La Escuela de Chicago. Sus aportes para la investigación en ciencias sociales. *Sapiens*, 6(2), 25-35.
- Barrientos, A., Benavides, M., y Serrano, M. (2005). El espacio público urbano: Un fenómeno territorial. *Textos Antropológicos*, 15(1), 97-116.
- Becker, H. (2009). *Outsiders. Hacia una sociología de la desviación*. Buenos Aires, Argentina: Siglo Veintiuno Editores.
- (2016). *¿Cómo fumar marihuana y tener un buen viaje? Una mirada sociológica*. Buenos Aires, Argentina: Siglo Veintiuno Editores.
- Bermudez, E. y Martínez, G. (2001). Los estudios culturales en la era del ciberespacio. *Convergencia*, 8(26), 11-31.
- Bourgois, P. (2010). *En busca de respeto: vendiendo crack en Harlem*. Buenos Aires, Argentina: Siglo Veintiuno Editores.
- Cabrera, T. y Villaseca, M. (2007). *Presentes, pero invisibles: mujeres y espacio público en Lima Sur*. Lima, Perú: Desco.
- Carcher, P. (2015). *Análisis del consume recreativo de marihuana: Representaciones socioculturales, vivencia e identidad de jóvenes valdivianos* (tesis de licenciatura). Universidad Austral de Chile, Valdivia, Chile.
- Cardona, B. (2008). Espacios de ciudad y estilos de vida. El espacio público y sus apropiaciones. *Educación física y deporte*, 27(2), 39-47.
- Cataño, M. (2017). *Parque de los afectos: Comunicación, modos de estar juntos y reconocimiento de las relaciones intersubjetivas de jóvenes en la experiencia de habitar un parque* (tesis doctoral). Universidad de Manizales, Manizales, Colombia.

- Cresswell, T. (1996). *In Place/Out of Place: Geography, ideology and transgression*. Minneapolis, Estados Unidos: University of Minnesota Press.
- De Certeau, M. (1984). *The Practice of Everyday Life*. California, Estados Unidos: Berkeley University of California Press.
- Delgado, M. (2018). El urbanismo contra lo urbano. La ciudad y la vida urbana en Henri Lefebvre. *Revistarquis*, 7(1), 65-71.
- Dunin, A., Cuentas, M., Tavera, T., y Vargas, F. (2019). Espacios Públicos: Estudio del Distrito de Santiago de Surco en Lima, Perú. *Revista Kawsaypacha: Sociedad y Medio Ambiente*, 3(1), 105-138.
- Escobar, A. (2005). Bienvenidos a Cyberia. Notas para una antropología de la cibercultura. *Revista de Estudios Sociales* 22, 15-35.
- Feixa, C. (1994). De las bandas a las culturas juveniles. *Estudios sobre las Culturas Contemporáneas*, V(15), 139-170.
- (1999). *De jóvenes, bandas y tribus. Antropología de la juventud*. Barcelona, España: Editorial Ariel.
- (2016). *¿Cómo fumar marihuana y tener un buen viaje? Una mirada sociológica*. Buenos Aires, Argentina: Siglo Veintiuno Editores.
- Feixa, C. y Nilan, P. (2009). ¿Una juventud global? Culturas híbridas, mundos plurales. *Educación Social*, 43, 75-89.
- Feixa, C. y Nofre, J. (2012). Culturas juveniles. *Sociopedia isa*. DOI: 10.1177/205684601291.
- Feixa, C. y Oliart, P. (2016). *Juvenopedia. Mapeo de las juventudes iberoamericanas*. Barcelona, España: Ned Ediciones.
- Fuller, N. (1997). *Identidades masculinas: varones de clase media en el Perú*. Lima: PUCP, Fondo Editorial.
- (2012). Repensando el machismo latinoamericano. *Masculinidades y cambio social*, 1(2), 114-133.
- Galindo, L. y Alves, R. (2015). Movimientos juveniles y usos de las tecnologías digitales en América Latina. En E. Rodríguez. (Ed), *Juventudes Latinoamericanas: prácticas socioculturales, políticas y políticas públicas* (pp. 183-213). Buenos Aires, Argentina: CLACSO.
- García, I. (2015). Antropología del espacio. Consideraciones desde la geografía clásica a la geografía cultural. *Methaodos*, 3(2), 162-174.

- Gravano, A. (2003). *Antropología de lo barrial. Estudios sobre producción simbólica de la vida urbana*. Buenos Aires, Argentina: Espacio.
- (2016). *Antropología de lo urbano*. Santiago de Chile, Chile: LOM ediciones.
- Gehl, J. & Svarre, B. (2013). *How to study public life*. Washington, Estados Unidos: Island Press.
- Goffman, E. (1997). *La presentación de la persona en la vida cotidiana*. Buenos Aires, Argentina: Amorrortu.
- (2006). *Estigma. La identidad deteriorada*. Buenos Aires, Argentina: Amurrutu Editores
- Guiardo, F. (2003). *Acercándonos al sentido del uso de drogas y la prevención desde los jóvenes*. Viña del Mar, Chile: Universidad de Chile.
- Henry, E. (1977). *Los asentamientos urbanos populares/ un esquema interpretativo*. Lima, Perú: Pontificia Universidad Católica del Perú.
- Lefebvre, H. (2013) *La producción del espacio*. (E. Martínez, Trad.). Madrid, España: Capitán Swing Libros, S.L.
- Mercado, A., y Zaragoza, L. (2011). La interacción social en el pensamiento sociológico de Erving Goffman. *Espacios Públicos*, 14(31), 158-175.
- Oslender, U. (2002). *Espacio, lugar y movimientos sociales: hacia una "espacialidad de resistencia"*. *Scripta Nova*, 6, 105-132.
- Pease, M. (2017). *Lo que somos y lo que queremos ser/ jóvenes limeños construyendo identidad*. Licenciatura en Antropología. Lima, Perú: PUCP
- Perrin, M. (1992). *Enfoque antropológico sobre las drogas. Usos y Abusos de Sustancias Psicoactivas y Estados de Conciencia*. Tarapoto, Perú: Takiwasi
- Quattrocchi, P., Flores-Abuxapqui J., y Pérez-Mutul, J. (2009). Una meridiana mirada antropológica hacia la utilización médica y paramédica de la marihuana. *Revista Biomédica*, 20(2), 68-71.
- Salcedo, A., y Zeiderman, A. (2008). Antropología y ciudad: Hacia un análisis crítico e histórico. *Antípoda*, 7(2), 63-97.
- Téllez, A. (2013) El análisis de la adolescencia desde la antropología y la perspectiva de género. *Interacções*, 25, 52-73.
- Van Gennep, A. (1909). *Les rites de passage*. Paris, France: E. Nowory.

- (2008). *Los ritos de paso*. (J. Aranzadi, Trad.). Madrid, España: Alianza Editorial, S. A. (Obra original publicada en 1969).
- Velho, G. (2020). Becker, Goffman y la antropología en Brasil. *Sociológica*, 35(99), 281-299.
- Vera, P., Gravano, A. y Aliaga, F. (Ed.). (2019). *Ciudades (in)descifrables: imaginarios y representaciones sociales de lo urbano*. Bogotá, Colombia: Red Iberoamericana de Investigaciones en Imaginarios y Representaciones Grupo de Trabajo Estudios Urbanos.
- UNODC Research (2020). *Resumen Ejecutivo "World Drug Report 2020"*. Vienna: United Nations publication.
- Urteaga, M. (2009). *Juventudes, culturas, identidades y tribus juveniles en el México contemporáneo*. Diario de Campo N° 56. México DF, México: Instituto Nacional de Antropología e Historia

